



Mosiewicki, Francisco Ezequiel. "¿Un Reich en Plaza de Mayo? La Secretaría de Guerra durante el gobierno de Guido a través de *Tía Vicenta*". *Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades*, marzo de 2020, vol. 9, n° 18, pp. 50-64.

# ¿Un Reich en Plaza de Mayo? La Secretaría de Guerra durante el gobierno de Guido a través de *Tía Vicenta*

A Reich in Plaza de Mayo?

The Secretariat of War during the government of Guido through *Tía Vicenta*

Francisco Ezequiel Mosiewicki<sup>1</sup>

Recibido: 06/02/2020

Aceptado: 12/02/2020

Publicado: 10/03/2020

## Resumen

Este artículo tiene por objeto analizar cómo, a través de la sátira y la ironía, la revista *Tía Vicenta* contribuyó a aumentar la exposición mediática de la Secretaría de guerra durante el gobierno de José María Guido. A lo largo de sus años de publicación la revista ha favorecido a sembrar el imaginario colectivo con un sinnúmero de improntas sobre los sujetos que compusieron el entramado social de la Argentina de los sesenta. Entre ellos el grupo militar se destaca por su cotidianeidad y los autores contribuyen a marcar su trascendencia hacia todos los rincones de la vida política. A través de la mirada de Landrú las Fuerzas Armadas son golpistas, monumentos, recolectores de basura y hasta niñeras. Durante la querrela de "azules y colorados", en el interregno de Guido, la figura del secretario de guerra, teniente general Benjamín Rattenbach, adquiere una preeminencia que motiva a los autores a dedicarle una nota editorial y una caricatura en la primera página. Desde la revista el general azul parece un oficial del régimen nacionalsocialista y por su participación política, una extensión del Reich alemán en suelo argentino.

## Palabras clave

Historia de las Fuerzas Armadas; Secretaría de guerra; Reich alemán; humor político; revista *Tía Vicenta*.

## Abstract

This article aims to analyze how, through satire and irony, *Tía Vicenta* magazine contributed to increase the media exposure of the war secretariat during the government of José María Guido. Throughout its years of publication, the magazine has favored to sowing the collective imagination with countless imprints on the subjects that made up the social network of Argentina in the 1960s. Among them, the military group stands out for its daily life and the authors contribute to marking its importance to all corners of political life. Through Landrú's gaze, the Armed Forces are coup plotters, monuments, garbage collectors and even nannies. During the "blue and red" complaint, in the Guido interregno, the figure of the secretary of war, Lieutenant General Benjamin Rattenbach, acquires a preeminence that motivates the authors to dedicate an editorial note and a cartoon on the first page. From the magazine the general blue seems an officer of the National Socialist regime and for his political participation, an extension of the German Reich on Argentine soil.

## Keywords

History of the Armed Forces; Secretariat of War; German Reich; political humor; *Tía Vicenta* magazine.

<sup>1</sup> Profesor y Licenciado en Historia por la Universidad Nacional de Mar del Plata. Se desempeña como ayudante graduado en el área Teórico Metodológica en la carrera del Profesorado y la Licenciatura en Historia. Es becario de posgrado tipo B de la UNMdP. Contacto: [fmosi@gmail.com](mailto:fmosi@gmail.com).



## Introducción: el primer ministro del kaiser

Los soldados del Regimiento de Granaderos a Caballo custodian la nave central de la catedral de Buenos Aires. La fotografía indica que la concurrencia asiste a un tedeum con asistentes de particular importancia. Los sujetos retratados y su orden jerárquico en relación a su ubicación revelan la fecha estimativa de la toma. La imagen se ha tomado entre fines del mes de septiembre de 1962 y mayo de 1963. En la tercera fila resalta entre otros el comandante en jefe del ejército, general Juan Carlos Onganía. La segunda fila está reservada para los ministros del gabinete presidencial. Inmediatamente delante del jefe de las fuerzas de tierra ha quedado retratado el subsecretario de guerra, general Julio Alsogaray. Junto a él, el teniente general Benjamín Rattenbach, ministro de guerra. Finalmente, en primera fila y ocupando el lugar de honor, el presidente constitucional de la Nación en virtud de la ley de acefalía, José María Guido.



**Ilustración 1: archivo privado de la familia Rattenbach. Mar del Plata. Fotografía n.º 26.**

El período comprendido por la presidencia de Guido es una coyuntura que permite ver hasta qué punto se hallaban divididas las fuerzas militares luego de la destitución de Frondizi. Asimismo fue el momento en que el general, ya retirado por entonces, adquirió mayor relevancia política, dado su rol como secretario de guerra, a partir de septiembre de 1962. El objetivo de este capítulo es comprender, al menos en parte, la exposición mediática de Rattenbach, su relevancia como vínculo entre el Ejército y el Poder Ejecutivo al ejercer como secretario en la cartera de Guerra y el papel que cumplió en el proyecto frentista de los azules a través de una fuente original del período como lo es la revista *Tía Vicenta*.<sup>2</sup> En sus páginas la imagen del teniente general es recuperada con una inusitada mordacidad. La “revista del nuevo humor” dirigida por Juan Carlos Colombres comenzó a publicar sus números en 1957 y fue clausurada por Onganía en 1966. Utilizando la sátira y la ironía, en sus páginas aparecieron todos los representantes de la vida política de la Argentina de ese período. “Landrú para su creación se apoyó en una ‘doble apuesta’, por un lado, pretendía desplazar el absurdo de lo cotidiano al terreno de la política y, por el otro, responder a una pregunta sencilla: si lo están haciendo en el Maipo o El Nacional, ¿por qué no hacerlo en una revista? Así, imaginó una

<sup>2</sup> Se ha elegido esta revista en particular por la relevancia que adquirió entre 1957 y 1966, dado que en sus inicios era una publicación mensual y terminó siendo un suplemento semanal del diario *El Mundo*. Asimismo, “comenzó con una tirada de 50.000 ejemplares hasta llegar a los casi 450.000 en su último número” (Favero y Mosiewicki 7).

revista libre, es decir, sin secciones fijas que mecanizaran la lectura sino con cambios constantes” (Favero y Mosiewicki 7). Sin tomar un signo político determinado, las querellas del poder no pasaban inadvertidas para Colombres y su equipo editorial. Como no podía ser de otra manera, también visibilizó la apuesta política de los militares “azules” y el pasaje de Benjamín Rattenbach por la Secretaría de guerra, a quien compararon con Hitler en reiterados números. La relevancia del oficial en la revista da muestra nuevamente del rol de mediador que el teniente general cumplía, no solo en relación al ejército sino también para con la sociedad civil.

### Un presidente de “pequeñas” aspiraciones



Ilustración 2: *Tía Vicenta*, n° 228, 7 de enero de 1963, p. 10.

Diminuto y débil. De poca presencia. Incapaz de tomar decisiones. Cooptado y recluido por sus captores de botas altas, morriones de viseras relucientes y medallas de pasadas revoluciones. José María Guido es presentado por el equipo editorial de *Tía Vicenta* como el último integrante de un gobierno que él mismo debería presidir. La historiografía, empero, resalta su rol al intentar “salvar las apariencias” (Rouquié 193) del gobierno constitucional apresurándose a ocupar la vacancia que las Fuerzas Armadas forzaron al derrocar al presidente Arturo Frondizi y “ganándole de mano” al general Raúl Poggi.<sup>3</sup> Miembro del radicalismo intransigente, su gestión en materia económica fue de la mano de figuras como Federico Pinedo, Álvaro Alsogaray y José Alfredo Martínez de Hoz, funcionarios de profunda raigambre liberal, quienes debieron enfrentar una crisis en la balanza de pagos mediante devaluaciones y recetas importadas de los organismos fiscales extranjeros.

A pesar de las dificultades iniciales, la nueva gestión buscó ser vista, a nivel social, como sucesora de la depuesta. La elección del gabinete fue realizada dentro de los funcionarios de Frondizi y la amalgama resultante advertía la lógica frentista, inclusiva hacia todo el espectro político, que caracterizaba al gobierno de la UCRI.<sup>4</sup> El verdadero problema radicó en la relación

<sup>3</sup> El general Poggi, como comandante en jefe del ejército, era la persona que podría encarnar el rol presidencial de instaurar un gobierno de facto sin límites ni pautas de temporalidad, tal como lo querían quienes meses después serían llamados “colorados”. Sin embargo, más allá de interrumpir las funciones de Arturo Frondizi, el antiintegracionismo no demostró la cohesión necesaria para tomar el poder.

<sup>4</sup> Desde el derrocamiento de Juan Domingo Perón, divergencias ideológicas habían separado a la Unión Cívica Radical en dos unidades de alcance nacional. La UCRI (Unión Cívica Radical Intransigente) había sido la primera en lograr ubicar a su candidato, Arturo Frondizi, en la primera magistratura. Sin embargo, la estrategia del político

que el gobierno mantendría con las Fuerzas Armadas, en general, y el ejército en particular. El universo castrense nunca ha sido un espacio homogéneo. A lo largo de la historia argentina los militares se han enfrentado en el espacio político y bélico buscando dirimir luchas facciosas que nunca tuvieron un final claro. Ya sea entre unitarios y federales, liberales y nacionalistas o peronistas y antiperonistas, el panorama siempre incluyó conjuras, movilización de tropas y alianzas con los elencos civiles de turno. Luego del golpe de Estado de marzo de 1962, la querrela se halla en el seno del antiperonismo: ¿Qué hacer con el peronismo? Esa pregunta planteaba un problema en la estructura de los gobiernos civiles y militares que ningún dictador, desde Lonardi hasta el general Alejandro Lanusse, pudo solucionar (Spinelli, *Los vencedores* s/p). Para ese año, las posturas en lid propugnaban retomar el proyecto de “desperonización” del general Aramburu o la posibilidad de reinsertar a los elencos proscriptos en la política de una manera subordinada. El conflicto resultante, que tuvo como escenario el gabinete del presidente Guido y las calles de varias localidades en la provincia de Buenos Aires, dio por tierra con el interregno semidemocrático inaugurado con el derrocamiento de Frondizi. Asimismo, dejó sentadas las bases del proyecto dictatorial que decantaría tres años después, la autoproclamada “Revolución Argentina”.

Como nexos vinculantes entre las tres armas y el Poder Ejecutivo, las secretarías de guerra, marina y aeronáutica eran puestos claves. Su control podría implicar tanto la influencia de las Fuerzas Armadas sobre el gobierno de turno como su opuesto. Los distintos generales que se sucedieron en la cartera de guerra entre abril de 1962 y octubre de 1963 son la muestra de que esa función no estaba del todo clara. Asimismo, el general Rattenbach afirma en sus memorias que el rol de comandante en jefe del ejército, durante la presidencia de Frondizi, había crecido en forma desmedida, opacando y, muchas veces, ninguneando la autoridad de los ministros (Rattenbach, “Benjamín Rattenbach memoir” 113 y 121). Esta situación implicó discrepancias en las distintas facciones y tanto la infantería como la caballería se encontrarían ideológicamente opuestas. Sin embargo, la gestión realizada por el bando vencedor de los enfrentamientos de septiembre de 1962 reviste una particularidad única en la relación entre las Fuerzas Armadas y la política.

El origen de la diferencia entre azules y colorados no tiene que ver con una raíz social sino con una divergencia en cómo cada facción entendía que había que “arreglar el país” (Rattenbach, “Benjamín Rattenbach oral history”). Los colorados querían volver a instaurar el régimen liberal antiguo con la vieja oligarquía, los hombres de la Marina estaban conectados con ellos, cosa que los azules no aceptaban.<sup>5</sup> El proyecto de reincorporación subordinada del peronismo proscripto, encarado por los militares legalistas, da muestra de ello. El objetivo del Frente Nacional y Popular, partido que buscó incluir además a la UCRI y a los allegados a Rogelio Frigerio, era la solución que pondría freno, al mismo tiempo, al peronismo y al comunismo. De carácter nacionalista y bajo la égida de la oficialidad de la caballería blindada el único sector que no participaba de la toma de decisiones era el Poder Ejecutivo. Presa de las distintas facciones militares que se disputaban la Secretaría de guerra, la República fue cooptada por un estado militarizado, un pretorianismo aggiornado (Rouquié 381), que funcionó en paralelo y sometiendo al Estado a la voluntad, muchas veces divergente, de las tres armas. En la práctica, las Fuerzas Armadas tenían poder de veto sobre el accionar presidencial y estaban en condiciones de silenciarlo. Desde *Tía Vicenta*, se utilizaba el humor para satirizar e ironizar

---

se basó en pacto con el peronismo proscripto que finalmente no pudo cumplir. La presión de los sectores políticos que se sentían traicionados, por un lado, y de los militares que no estaban dispuestos a tolerar otra victoria peronista, marcó el final de su gestión.

<sup>5</sup> Rattenbach afirma que el hecho de vivir en la costa, frente al mar, los había distanciado de las miserias que se vivían al interior del país. El ejército, por oposición, obraría con “mentalidad nacional”, justamente por su contacto con el territorio de la Nación y esa es la “doctrina fundamental” de los azules (Rattenbach, “Benjamín Rattenbach oral history”).

esta situación. Según su óptica, la presencia de ese filogermánico general en el gabinete implicó la instauración de una dictadura nazi en suelo argentino.

### El apóstol de la exigencia

Como se ha analizado con anterioridad, el teniente general era un “abanderado de una concepción exigente del deber militar” (Rouquié 207) abogando por la defensa del principio de sujeción al control civil de las Fuerzas Armadas, ideas que llegarían a generar, a posteriori, divergencias irreconciliables con los otros miembros de la gestión. Al ser una de las principales autoridades de la gestión instaurada en septiembre de 1962 Benjamín Rattenbach es constantemente aludido en *Tía Vicenta*. Como “discurso social que captura fragmentos de ideas, imágenes y opiniones que circulan en otros espacios en que se produce el intercambio social” (Levín 24) su figura es resignificada, basándose en su ideal y su admiración del deber y obediencia militar al estilo prusiano, en la de un oficial nazi del Tercer Reich. En el número 231, de fines de enero de 1963, Ácido Nítrico dedica una columna a presentarlo. En ella se afirma que es oriundo de Núremberg y que su mayor objetivo es “instalar una Munich en la Casa de Gobierno” (*Tía Vicenta*, n.º 231, 28 de enero de 1963, 4). Llama la atención la ciudad elegida para referirse a su procedencia. Entre noviembre de 1945 y enero de 1946 los juicios llevados a cabo en esa localidad dieron a conocer los crímenes de lesa humanidad perpetrados por el régimen nacionalsocialista. La mención de Núremberg podría querer significar que el ministro representaría al conjunto de la jerarquía nazi que ha huido de la condena. En la página central, a principios de abril de ese mismo año, el señor Porcel (uno de tantos personajes creados por Landrú) mantiene una acalorada discusión con el secretario de guerra sobre las diferencias entre el peronismo y el justicialismo. Al no poder llegar a un acuerdo, el hombre exclama: - “¡Pobre país! ¡En manos de quién está!” (*Tía Vicenta*, n.º 241, 8 de abril de 1963, 7-8).

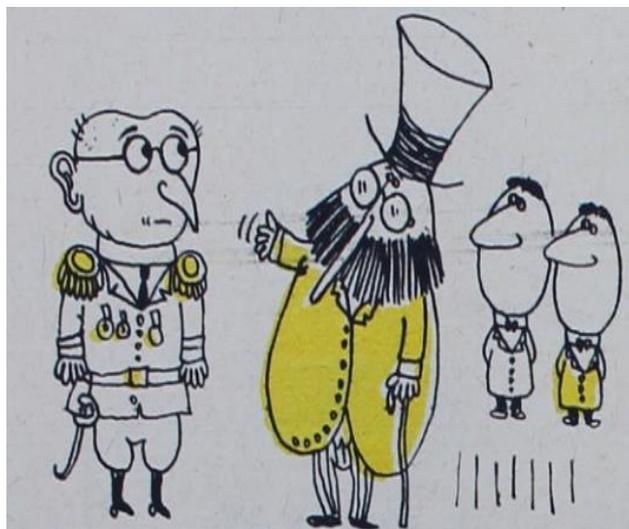


Ilustración 3: *Tía Vicenta*, n.º 241, 8 de abril de 1963, pp. 7 y 8.

Rattenbach ha sido muy crítico a lo largo de su trayectoria profesional sobre lo que él consideraba como “justicialismo” y las diferencias que encontraba con el “peronismo de Perón”. Como se desarrolló en el párrafo anterior, el teniente general afirmaba que gran parte de su carrera ha destinado sus esfuerzos a trabajar para la “justicia social” y que durante su gestión como ministro de Guido había aceptado la posibilidad de reincorporar al peronismo al esquema político nacional, pero de manera subordinada. Durante esos meses el accionar del ministro Rodolfo Martínez (h) estuvo orientado a conseguir la adhesión, al Frente Nacional y

Popular, de algunos candidatos de filiación peronista, con el objeto de darle una mayor base social a la apuesta azul para las elecciones de ese año, aunque sin darle cargos de importancia. El problema era que ni siquiera hacia adentro del bando azul existía una reticencia a la aceptación de esas figuras políticas (Rattenbach, “Benjamín Rattenbach oral history”).

La designación de Rattenbach como secretario de guerra, sin embargo, fue el resultado de una querrela iniciada por la imposibilidad del grupo golpista encabezado por los generales de infantería Carlos y Federico Toranzo Montero y el general Poggi de instaurar una dictadura militar. Dado que Guido se había apresurado a ocupar la vacancia de la primera magistratura, el puesto clave a controlar debía ser la secretaría del arma. De este modo, el enfrentamiento que en septiembre de ese mismo año se conocería como azules y colorados se inició como la disputa entre la facción ultraliberal de la infantería y la nacionalista de la caballería, encabezada por el general Enrique Rauch y, al principio en un segundo plano, los generales Juan Carlos Onganía y Julio Alsogaray.

En abril de 1962 el presidente José María Guido designó como secretario de guerra al general retirado Mariano Carreras. Afín a los grupos golpistas aliados a la marina de guerra, su elección tuvo por objetivo aplacar los posibles intentos de instaurar una dictadura. A pesar de todo, una sublevación del destacamento de Campo de Mayo, liderada por Rauch el 20 de abril, obligó a Guido a replantear su elección. El resultado fue la renuncia, de común acuerdo, de Rauch y Poggi y la designación de Juan Bautista Loza como nuevo secretario del arma y comandante en jefe, simultáneamente. Seleccionado dentro de la infantería, pero libre de “antecedentes ‘gorilas’” (Mazzei 56), Loza parecía la elección indicada para poner fin a la disputa. El 8 de agosto, empero, el general Federico Toranzo Montero, desconociendo la autoridad de Loza, inició una rebelión en Salta. Al no contar con el apoyo de sus compañeros de armas el secretario de guerra se vio obligado a dimitir. La respuesta del presidente fue designar a Eduardo Señorans como relevo, quien además tendría la tarea de poner fin a la sublevación. Perteneciente al grupo de Rauch, Señorans se movilizó apoyado por el general Alcides López Aufranc, nuevo comandante de Campo de Mayo para poner fin al conflicto, mientras los gorilas buscaban imponer la figura del general Ossorio Arana, secundados por la Marina. El mismo presidente, tratando de evitar la contienda entre las facciones actuó como mediador, perdiendo como consecuencia el apoyo de Señorans, quien renunció. El general de brigada (R) José Octavio Cornejo Saravia cubrió la vacancia. El sector legalista creyó ver, erróneamente, una victoria en la elección. El nuevo secretario no tomó las esperadas represalias contra el grupo sublevado en agosto. El punto de no retorno se alcanzó en la segunda mitad del mismo mes, luego de las designaciones de los generales Juan Carlos Lorio y Bernardino Labayrú, como comandante en jefe del ejército y jefe del Estado mayor, respectivamente. La reincorporación al servicio de dos militares retirados, en contra de los reglamentos militares fue la excusa utilizada por el bando azul para iniciar la rebelión. Una serie de memorándums, en los que participaron tanto Onganía como Alsogaray, motivó a la comandancia colorada a la destitución de los oficiales de caballería, desafiando al resto de la división. A fines de ese mismo mes, el general Rattenbach, motivado por los generales (también retirados) Francisco Imaz, García y Ángel Solari realizó una cena en el Jousten-Hotel en la que manifestaron públicamente su oposición a la instauración de una dictadura militar.



**Ilustración 4: archivo privado de la familia Rattenbach. Mar del Plata. Fotografía n.º 24.**

La relevancia alcanzada por las declaraciones durante esa cena habría motivado a Guido a pedir su ayuda en la búsqueda de una solución en el clima de enfrentamiento que reinaba en el ejército. Si bien Rattenbach afirma haberse negado a intervenir, acudió luego a la Secretaría de guerra e instó a los generales Lorio y Labayrú a renunciar, recibiendo como respuesta una negociación rotunda (Rattenbach, “Benjamín Rattenbach memoir” 105). Aunque no era la dictadura en sí lo que temían o rechazaban, sino a los oficiales que se proponían para gobernar (103-104). Al momento del levantamiento de septiembre de 1962 los azules creían conveniente mantener el funcionamiento de las instituciones constitucionales conformadas en marzo de ese mismo año, en vistas de que se produjesen elecciones “limpias” donde se “manifestase la voluntad del pueblo”. El problema fue que esa voz se manifestó distinto de cómo los elencos azules habían deseado (Rattenbach, “Benjamín Rattenbach oral history”). En 1970 el general defiende el rol encarado por Onganía como presidente de facto justamente en el fracaso de los azules al querer, en sus propias palabras, “arreglar” el remanente que el peronismo había dejado en el país, por vías democráticas. De modo que la discusión no estaba en el tipo de gobierno que cada facción de las FF.AA. buscaba implantar, sino en el cúmulo de medidas políticas, sociales y económicas que debían llevarse a cabo. Como lo entenderían los propios historiadores e intelectuales que desarrollarían su actividad en ese período, el debate tenía su epicentro en la cuestión de la “modernización” (Spinelli, *La renovación* 30-49).

El 20 de septiembre, luego de que el general Lorio relevara de su cargo a quienes reclamaran su destitución, Campo de Mayo se declaró en rebeldía. La movilización fue apoyada por sociólogos, politólogos y activistas de la democracia cristiana que se encontraban opuestos al ministro de defensa Adolfo Lanús, que en los años cuarenta había sido diputado del conservadurismo. El apoyo de la Fuerza Aérea y la neutralidad de la Marina determinaron la victoria para el bando azul. Tres días después Campo de Mayo entregó el Comunicado N° 150, que se convertiría en la “plataforma política del movimiento” (Rouquié 210). La rendición y arresto de la facción vencida fue seguida de la renuncia de Cornejo Saravia. Su subsecretario, el general Caro, decidió cambiar de bando. También renunció el ministro Lanús, permitiendo el reingreso a su puesto del ministro Martínez. Como lo desarrolla Daniel Mazzei el recambio en la comandancia de las fuerzas de tierra, de oficiales de infantería a generales de caballería fue el primer paso para reinstaurar la disciplina que se creía perdida desde la autodenominada “Revolución Libertadora”. “Ese estado deliberativo se agravaba ante cada planteo, y algunos de los principios básicos de toda institución armada, como la disciplina y la obediencia jerárquica, alcanzaron su punto más bajo en agosto de 1962” (63). El general Onganía, a partir

de ese momento, ocuparía el puesto de comandante en jefe del Ejército y el sucesor del puesto disputado desde abril sería el teniente general Rattenbach, quedando Alsogaray como subsecretario. Desde ese lugar de poder, encaró una depuración del ejército que concluyó con el pase a retiro de 140 oficiales y la renovación de toda la oficialidad de la facción derrotada.

Potash afirma que la idea de nombrar a Rattenbach secretario del arma fue del mismo Onganía. Sin embargo, resulta extraño, a la luz de los hechos que el Comandante del Ejército deseara recomendar como su superior a un teniente general de renombre y con la trayectoria de Rattenbach, aun sabiendo que luego debería seguir sus órdenes. Una respuesta posible es que desde un primer momento la cuestión de la obediencia no estuviese entre sus preocupaciones. Las memorias del teniente general son reveladoras en este sentido. En primer lugar, el general afirma que el ejército había cambiado mucho en su composición desde su primer retiro en 1951. Su alejamiento de las bases hacía que no conociera personalmente a la oficialidad joven con lo que muchas veces debía apoyarse en el juicio del mismo Onganía para tomar decisiones referentes a ascensos y reubicaciones. Durante la presidencia del Frondizi el cargo del comandante en jefe del Ejército había crecido en autonomía y Rattenbach asevera que el nuevo Comandante en Jefe no era partidario de dar marcha atrás. Sus alegatos afirmaban que una participación activa del secretario de guerra en la cotidianidad del ejército podía politizar la institución, cuando para el teniente general el ministro del arma “nunca había hecho política dentro del Ejército, sino hacia afuera del mismo” (Rattenbach, “Benjamín Rattenbach memoir” 112). El peligro recaía en que frente al creciente “hermetismo” y autonomía de las fuerzas de tierra, el gobierno se convirtiera en un títere de los deseos del comandante en jefe. No es que esa situación no estuviese ocurriendo, pero con Rattenbach como su opositor en el gabinete presidencial, Onganía encontró una verdadera barrera para ejercer su voluntad. Tal como lo refiere el teniente general en sus memorias, su primera impresión del general de caballería no fue positiva. Según su experiencia le faltaban los cursos de Estado mayor necesarios para completar la formación de un oficial y de sus fojas de servicios no pudo extraer demasiada información (Rattenbach, “Benjamín Rattenbach memoir” 107). Ambos oficiales chocarían constantemente buscando imponer su autoridad hasta la renuncia del Secretario de Guerra en el mes de mayo del año siguiente.

La elección de Rattenbach como secretario de guerra puede ser comprendida con más facilidad si se tiene en cuenta que como miembro de la Escuela Superior de Guerra y director del Centro de Altos Estudios fue profesor, testigo y gestor del ascenso de muchos de los oficiales que en ese momento integraban tanto un bando como el otro. Sospecho que de haberse encontrado el Ejército en preponderancia entre los colorados habría mediado entre ambos frentes en lugar de declararse abiertamente como afín a la causa azul.

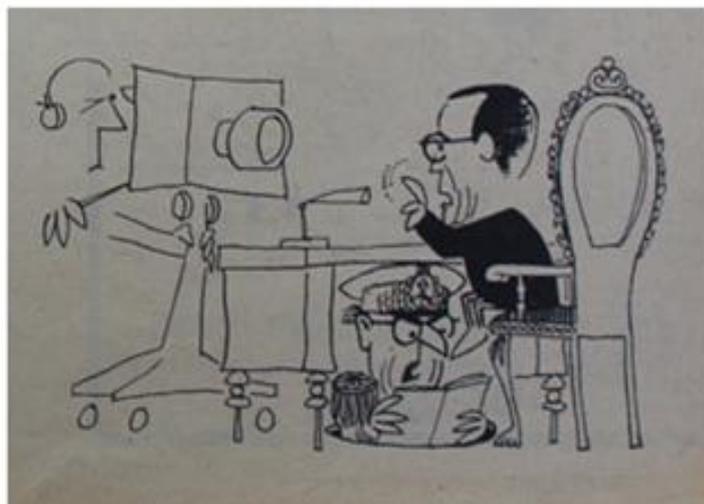


Ilustración 5: *Tía Vicenta*, n° 244, 29 de abril de 1963, p. 12.

### El Frente Imperial Nacional y Popular

“La Nación Argentina es un país subdesarrollado y, en su consecuencia, se rige por el sistema representativo republicano federal aunque no mucho” (*Tía Vicenta*, n.º 246, 13 de mayo de 1963, 10). La cita que precede es un ejemplo de la crítica que la revista *Tía Vicenta* realizaba a la coyuntura política de principios de los años sesenta. En un panorama adornado por un presidente sin poder político real, las Fuerzas Armadas funcionando como un partido político con personería de facto y un presidente que dejaría trasladar el sillón de Rivadavia de la Casa Rosada al Comando en Jefe del Ejército, no extraña que las bases constitucionales estuviesen un poco diluidas. César Tcach remarca que la forma de hacer política en ese período estaba mediada por un parlamento sin funciones claras, un Poder Ejecutivo impotente y una clase política tan dividida como las Fuerzas Armadas en su interior. En este esquema de poderes donde el factor de las armas primaba más que la capacidad de respetar las reglas del juego democrático y cada sector se ejercía un poder de veto sobre los otros (Tcach 17), la soberanía popular se hallaba cercenada. El problema del peronismo aún no tenía remedio. En eso coincidían las distintas facciones del ámbito castrense. Mas las distintas soluciones propuestas sólo contribuían a distanciarlas. El golpe de Estado de marzo de 1962 no favoreció el panorama. Para los círculos ultraliberales del ejército, en convalidación con la Marina de Guerra, Frondizi y Frigerio, al acercarse a los vencedores de la revolución cubana, eran los traidores que habían sembrado el germen del comunismo en el país, “enfermedad” política que también le atribuían al peronismo, por su cercanía a los sectores obreros.

Por otro lado, la facción legalista abogaba por una reincorporación subordinada de los sectores políticos proscriptos. Si bien el retorno de Perón estaba lejos de discutirse, sí fue tenida en cuenta la posibilidad de apoyar la candidatura de un partido neoperonista, con vínculos económicos anclados en el desarrollismo. De esta manera, luego de imponerse sobre los colorados, fue puesto en marcha en coordinación con el ministerio del interior el Frente Nacional y Popular. El proyecto resultó en una experiencia única, dado el alcance nacional que la oficialidad azul buscó otorgarle, la connivencia existente entre el ministerio del interior, la Secretaría de guerra y la comandancia del ejército y la suma de fuerzas que marcó el eje Bariloche - Buenos Aires - Montevideo - Madrid, es decir Frondizi, Guido, Frigerio y Perón.

La apuesta del equipo editorial de Juan Carlos Colombres (Landrú), empero, radicaba en ver en esa experiencia frentista de los azules un Reich alemán. Las constantes alusiones de la revista afirman vivir en un Estado militarizado, donde el presidente, es decir, el depositario

de la soberanía popular, era rehén de una camarilla de oficiales que no le permitían abandonar su residencia. Al mismo tiempo el anuncio constante de la llegada de un dictador revela incredulidad por parte de la revista frente a las diferencias entre los proyectos de las facciones militares en pugna. En un Estado cooptado por las Fuerzas Armadas la llegada de una dictadura parece inminente. Asimismo, la preeminencia de un militar tan relacionado a Alemania le aportó a la revista la excusa necesaria para recrear la imagen del imperio nazi.

Más allá de las posibles conjeturas, los análisis realizados por los especialistas del período revelan la preeminencia que el teniente general tuvo durante esos meses. Robert Potash afirma que durante su gestión el papel del secretario de guerra era “semejante al de un primer ministro” (101). Las memorias de Rattenbach corroboran esta afirmación. Durante su actuación en el gabinete sus funciones excedieron las de un ministro del ejército. Además de organizar los pases a retiro y la situación de encarcelamiento de los colorados vencidos y poner fuera de ejecución una conjura orquestada por el general Menéndez, se encargó de tomar entre sus manos la evaluación de las funciones del ingeniero Álvaro Alsogaray, ministro de economía, como así también participar activamente en la designación de varios ministros. Si bien su rol como nexo entre el Ejército y el Poder Ejecutivo le otorgaba sólo los derechos y responsabilidades de un miembro del gabinete, Rattenbach asevera que no estaría dispuesto a permitir que se volvieran a producir tendencias “conservadoras” en el gobierno. De este modo hizo valer la preponderancia adquirida luego de la victoria frente a los colorados (Rattenbach, “Benjamín Rattenbach oral history”).

El segundo número de 1963 se abre con la “transcripción” de un ficticio mensaje del teniente general con motivo de las fiestas de fin de año. Sin embargo, la totalidad del texto (que tras someterlo a una traducción con los métodos digitales disponibles,<sup>6</sup> hemos comprendido que divaga sobre cuestiones literarias y deportivas) se encuentra en alemán. En la misma página, bajo el título “Protesta” se afirma que:

el presidente Guido se encuentra prisionero de las Fuerzas Armadas. Duerme custodiado por personal de la Secretaría de Guerra, es trasladado a la Casa Rosada en un coche militar y no firma ningún decreto sin el visto bueno del general Benjamín Adolf Rattenbach. (*Tía Vicenta*, n.º 229, 14 de enero de 1963, 2).

Aldo Cammarota dedica la página siguiente a una entrevista que supuestamente mantuvo con Hitler, quien para ese momento es “un pacífico instructor de boy-scouts en Bariloche” (*Tía Vicenta*, n.º 229, 14 de enero de 1963, 3). El primer número de abril contiene en su cuarta página un “reglamento general de confinados”, en cuyo artículo 3º se afirma que los “Excmos. Señores Presidentes que no desearan ser derrocados podrán pedir a las Fuerzas Armadas su confinamiento en la Casa Rosada y en la quinta de Olivos, (...) con el consentimiento de los Secretarios de Ejército, Marina y Aeronáutica y de los Comandantes en Jefe” (*Tía Vicenta*, n.º 241, 8 de abril de 1963, 4). El proyecto frentista del legalismo también es ridiculizado. Jordán de la Cuzuela dedica una página en el primer número de mayo para enumerar “todos” los frentes existentes y explicar por qué ya no “bastaba con votar un solo partido político. No alcanza ya. Hay que votar simultáneamente por dos. O tres” (*Tía Vicenta*, n.º 245, 6 de mayo de 1963, 9).

<sup>6</sup> Google translate.



**Ilustración 6:** *Tía Vicenta*, n° 223, 11 de febrero de 1963, p. 4.

En enero de 1963, en la página de Ácido Nítrico, una entrevista simulada al ministro del interior Rodolfo Martínez (h) y su subsecretario, Mariano Grondona, dejan entrever cómo el futuro primer mandatario debería proceder del sector militar. La nota, mientras condena al fracaso el proyecto de reincorporación del peronismo asevera que “el futuro presidente deberá parecerse al general Juan Carlos Onganía” (*Tía Vicenta*, n.º 228, 7 de enero de 1963, 6). En consonancia, una de las primeras ediciones de febrero se abre con una encuesta cuyo objetivo es aventurar “¿quién será el futuro dictador de los argentinos?” (*Tía Vicenta*, n.º 233, 11 de febrero de 1963, 2), ya que la editorial descrea del Estatuto de Partidos Políticos y del Frente Nacional. Al pie de la nota, un resultado parcial afirma que el primer lugar es ocupado por Onganía, con 125 votos y el segundo, por Rattenbach, con 124. Al menos en el imaginario del equipo editorial de *Tía Vicenta* el proyecto del Frente Nacional y Popular no deja de ser una dictadura encubierta. Con el “primer ministro” de Guido ejecutando las decisiones pactadas con el “dictador” Onganía, el presidente se movía impotente al son de una melodía orquestada por el canciller y el kaiser del frente legalista. Si bien en febrero de 1963 Onganía se esfuerza en desmentir el rumor sobre su futura presidencia, Rattenbach menciona haberle dicho que no abandonase por completo la idea (Rattenbach, “Benjamín Rattenbach memoir” 145). La posibilidad de un gobierno democrático autoritario encarnado en un general que “pacificase” al país y lleve a las Fuerzas Armadas a abandonar su estado permanente de revolución no era totalmente descartada por el ministro de guerra. A principios de marzo, luego de la que UCRP anunciara la fórmula Illia-Perette, el gobierno comenzó a dar forma a la propuesta del partido frentista que reincorporara al justicialismo a la esfera electoral. El objetivo de tal apuesta sería reunir a todos los partidos de centro y al justicialismo para evitar su accionar en la clandestinidad o su vuelco al comunismo (Rattenbach, “Benjamín Rattenbach memoir” 146-147). El candidato debía ser una persona aceptada por todos los integrantes del frente. Dentro del gobierno, además de Guido, secretario de aeronáutica, comodoro Eduardo Mc Loughlin y el ministro del interior, Rodolfo Martínez, apoyaron el proyecto. Sin embargo, el distanciamiento de los secretarios de las Fuerzas Armadas y el ministro Martínez, razón que llevó a su renuncia, puso de manifiesto que la apuesta política de los azules tenía pocas posibilidades de triunfar.

## La República Antitotalitaria

La nueva sublevación de los colorados ya había comenzado en enero y tuvo sus primeras réplicas en marzo. El secretario de guerra se había encargado de continuar la depuración de las filas del ejército y en connivencia con el secretario de marina, ordenar el encarcelamiento de los oficiales afines a la causa colorada que eran acusados de conjurar contra el gobierno. La noticia del levantamiento llegó en la madrugada del 2 de abril, cuando los efectivos de la Infantería de Marina comenzaron a movilizarse en torno al edificio de la Secretaría de guerra. Los jefes del bando sublevado eran el general Menéndez, el almirante Jorge Julio Palma, el comodoro Lautino y el general Federico Toranzo Montero. Rattenbach llegó a tiempo de atrincherarse dentro y el teatro de operaciones fue planteado en forma conjunta con el jefe del Estado Mayor y el comandante en jefe del ejército. Frente a la amplia superioridad de las fuerzas conjuntas del ejército y la aeronáutica los rebeldes habían depuesto su actividad y el almirante Eladio Vázquez, comandante de la flota, se había acercado a Buenos Aires para negociar una rendición honrosa. El acuerdo alcanzado entre el jefe de la Marina y los secretarios de guerra y aeronáutica comprometía al cese de las operaciones del Ejército a cambio de que los cabecillas colorados se entreguen a la justicia militar. Firmado el compromiso, se procedió a poner en conocimiento tanto al presidente como a Onganía.

La nueva derrota de la facción colorada, en abril de 1963, más que dejar en claro la superioridad militar de los azules y sus aliados en la aeronáutica, puso en evidencia las sendas disidencias que existían en el bando vencedor. Sobre la división interna en las Fuerzas Armadas, en la columna de “humor viscoso” se narra cómo el general Rattenbach otorga una conferencia de prensa afirmando “que todo está tranquilo” (*Tía Vicenta*, n.º 228, 7 de enero de 1963, 6) queriendo confundir a los medios al referirse a la disciplina al interior de los “cuadros” de fútbol. Los términos de capitulación que ambos ministros impusieron a la marina iban en contra de la intransigencia de Onganía, quien deseaba una rendición absoluta del arma. El comandante en jefe, dejando de lado las jerarquías establecidas, informó al secretario de guerra que no detendría el avance de las fuerzas azules sobre Puerto Belgrano. Este último, frente a la insubordinación acudió a Guido y juntos debieron obligar a Onganía para cejar en sus intenciones. Sin embargo, la cadena de mando se había roto y las relaciones entre los dos líderes de las fuerzas de tierra no se repondrían. El general asegura en sus memorias que si él no hubiese evitado el enfrentamiento de las dos armas, su rival nunca hubiese llegado a presidente, dado el resentimiento que se hubiese generado entre el ejército y la marina (Rattenbach, “Benjamín Rattenbach memoir” 154-157). La aeronáutica, por su parte, comenzaba a ser un factor del cual ya no podía prescindirse. La necesidad de contar con los efectivos disponibles para neutralizar a los colorados obligó a los azules a convalidar las prerrogativas antiperonistas del secretario de aeronáutica. Era el principio del fin para el frentismo.

La asunción del general Rauch como ministro del interior marcaba el rol de moderador que las Fuerzas Armadas se arrogaban para el proceso electoral en ciernes. La firma del decreto 2713 de proscripción del peronismo dejó entrever la presión política que el levantamiento colorado impuso sobre el proyecto frentista. El Reich de *Tía Vicenta* encontraba su ocaso. “Nosotros teníamos nuestras esperanzas puestas en el triunfo del general Perón y hasta ya habíamos adquirido tres grandes banderas para ornar en su momento nuestro frente (porque en ese sentido éramos sinceramente frentistas)” (*Tía Vicenta*, n.º 246, 13 de mayo de 1963, 2). El veredicto de la revista quizás confirma la imposibilidad del proyecto de los azules. Ubicar “bajo bandera” a tantas fuerzas políticas de orientación divergente era una apuesta que, lejos de despertar confianza en los medios, ni siquiera cohesionaba a la facción militar en funciones.

Las medidas del nuevo ministro iban en contra del proyecto encarado por la gestión de los azules. Tildando de filocomunistas a “hombres estrecha o vagamente vinculados con el ex presidente Frondizi” (Rouquié 220) demostraba actitudes que hasta el momento sólo le eran

propias a los militares ultraliberales. Luego de la impugnación a los primeros candidatos del Frente Nacional y Popular, los memorándums enviados por Rauch manifestaban la necesidad de imponer para el puesto que él ocupaba, en el gobierno entrante, la figura de un militar de la oficialidad en actividad. Asimismo, abogaba por la necesidad de censurar a los medios de comunicación y extender la proscripción del peronismo a las figuras de Frondizi y Frigerio. El general Rattenbach, en consonancia con los intereses del Poder Ejecutivo, solicitó la destitución del ministro del interior. Onganía, si bien demostró apoyar las medidas “antitotalitarias” de Rauch, convalidó el pedido del secretario de guerra. Para salvar las apariencias, era necesario asumir la responsabilidad por las decisiones tomadas y la dimisión del Rauch fue seguida de la renuncia de todo el gabinete de Guido. Para fortalecer aún más la posición del comandante en jefe, el nuevo secretario de guerra sería el general Héctor Repetto, “amigo y compañero de promoción del general Onganía” (Mazzei 98). Los principios de la línea rectora del ejército estaban claros, el Frente Nacional y Popular estaba condenado y la facción nacionalista del bando azul, derrotada. En ese sentido, los decretos de ley 4046 y 4784 proscribían la Unión Popular y cualquier partido o candidato allegado a ella. En palabras de Rouquié, “la revancha póstuma de los colorados” (215).



Ilustración 7: *Tía Vicenta*, n° 246, 13 de mayo de 1963, p. 1.

## Conclusiones

La finalización de la presidencia de José María Guido y el desprestigio de su gabinete gracias a la iniciativa del general Rauch marcaban la anulación de la vida política para Rattenbach. Sin embargo, como él mismo aclara en sus memorias, nunca dejaría de frecuentar el despacho presidencial (al menos durante la dictadura inaugurada en junio de 1966). Su retiro definitivo, empero, lo llevó nuevamente al terreno de la intelectualidad, espacio que no abandonaría durante el resto de su vida y que lo llevaría a continuar su producción teórica y crítica sobre tópicos de sociología militar y geopolítica que le acarreó el respeto de sus pares en términos académicos.

Como se pudo apreciar en las páginas anteriores, la carrera del teniente general Rattenbach no pasó desapercibida ante la mirada de los medios. En un contexto tan particular de inestabilidad institucional hacia dentro de las tres armas “el cuarto poder” jugaría un rol esencial en el manejo de la opinión pública y la revista *Tía Vicenta* no quedó afuera de este proceso. La apuesta de Landrú y su editorial transformó y resignificó al gabinete de Guido en un homólogo del Tercer Reich, con las figuras del secretario de guerra y el comandante en jefe

al mando. El recurso de la sátira y la ironía, moneda corriente entre las páginas del periódico de Colombres, fueron las herramientas que cimentaron su juego, extrapolando elementos de la política de la Alemania nazi sobre nuestro país. Lejos de trastocar el devenir del proceso político, la lectura atenta de los números de la revista permite seguir los avatares del conflicto intestino entre las facciones de las FF.AA. El corolario de “azules y colorados” no marcaría el final del trabajo de *Tía Vicenta*. En sus páginas un nuevo personaje aparecería y poblaría sus cartoons y viñetas durante los siguientes tres años: “la tortuga”.

### Obras citadas

- Favero, Bettina y Mosiewicki, Francisco. “La revolución Argentina es cosa seria: el humor político en la coyuntura del golpe de estado de junio de 1966.” *Diacronie. Studi di Storia Contemporanea*, vol. 4, n.º 24, 2015.
- Levín, Florencia. *Humor gráfico. Manual de uso para la historia*. Universidad Nacional de General Sarmiento, 2015.
- Mazzei, Daniel. *Bajo el poder de la caballería. El ejército argentino (1962-1973)*. Eudeba, 2012.
- Potash, Robert. *El ejército y la política en la Argentina 1962-1973. De la caída de Frondizi a la restauración peronista. Primera parte, 1962-1966*. Sudamericana, 1994.
- Rouquié, Alain. *Poder militar y sociedad política en la Argentina -II-*. Hyspamérica, 1986.
- Spinelli, María Estela. “La renovación historiográfica en la Argentina y el análisis de la política del siglo XX.” *La historiografía argentina en el siglo XX*, compilado por Fernando Devoto, CEAL, 1994.
- \_\_\_\_\_ *Los vencedores vencidos. El antiperonismo y la “revolución libertadora”*. Biblos, 2005.
- Tcach, César. “Golpes, proscripciones y partidos políticos.” *Violencia, Proscripción y Autoritarismo (1955-1976)*, dirigido por Daniel James, Sudamericana, 2007, pp. 17-62.

### Fuentes periódicas

- (11 de febrero de 2012). “Rattenbach. La revelación.” *Noticias*. P. 34.
- (12 de febrero de 2012). “Rattenbach. El informe que nos mostró los absurdos de la guerra.” *Clarín*. Pp. 34-36.
- (23 de noviembre de 1983). “Revelamos el documento más secreto de la Argentina.” *Revista Siete Días*.
- (30 de noviembre al 6 de diciembre de 1983). “Revelamos más documentos secretos.” *Revista Siete Días*.
- (Febrero de 2012). “Benjamín Rattenbach: un general cipayo.” [En línea] *El Malvinense*. Recuperado de: <http://www.malvinense.com.ar/snacional/2012/1343.htm> [consulta 04/06/2012].
- (Febrero de 2012). “Quién es Benjamín Rattenbach, el general que proscribió al peronismo” [en línea]. *Infobae*. Recuperado de: <http://www.infobae.com/notas/631295-Quien-es-Benjamin-Rattenbach-el-general-que-proscribio-al-peronismo.html> [consulta 04/06/2012].
- Tía Vicenta*, n.º 228, 7 de enero de 1963.
- Tía Vicenta*, n.º 229, 14 de enero de 1963.
- Tía Vicenta*, n.º 231, 28 de enero de 1963.
- Tía Vicenta*, n.º 233, 11 de febrero de 1963.
- Tía Vicenta*, n.º 234, 18 de febrero de 1963.

*Tía Vicenta*, n.º 241, 8 de abril de 1963.

*Tía Vicenta*, n.º 243, 22 de abril de 1963.

*Tía Vicenta*, n.º 244, 29 de abril de 1963.

*Tía Vicenta*, n.º 245, 6 de mayo de 1963.

*Tía Vicenta*, n.º 246, 13 de mayo de 1963.

*Tía Vicenta*, n.º 247, 20 de mayo de 1963.

### **Fuentes iconográficas**

Álbum privado de la familia Rattenbach. Cincuenta y cinco fotografías.

### **Fuentes inéditas**

(1957). *Fojas de Servicios del Teniente General Benjamín Rattenbach*. Ejército Argentino.

Rattenbach, Benjamín (1970). “Benjamín Rattenbach memoir.” [En línea] *Robert A. Potash Papers*. Recuperado de: <http://credo.library.umass.edu/view/full/mufs020-b06-f01-i001> (consulta: 28/05/2017). P. 168.

### **Fuentes orales**

Rattenbach, Benjamín (8 de abril de 1970). “Benjamín Rattenbach oral history with Robert A. Potash.” *Robert A. Potash Papers* (FS 020), Special Collections and University Archives, University of Massachusetts Amherst Libraries.